



Pedro Domínguez Fernández. *Los jóvenes de la Esperanza*. Pregón de la Juventud de la Hermandad Sacramental del Santísimo Cristo de las Tres Caídas y Nuestra Señora de la Esperanza. Capilla de los Marineros. Jueves, 28 de febrero de 2013. Año de la Fe.

(c) Pedro Domínguez Fernández. 2013.

Edita: Hermandad Sacramental de la Esperanza de Triana.

Portada: Daniel Villalba Rodríguez.

Prohibida la reproducción total o parcial del texto sin el consentimiento de su autor.

«La vida nueva que brota de la Resurrección es la única esperanza del mundo». Juan Pablo II. Meditación del Vía Crucis. En ofrecimiento por los frutos espirituales del Pontificado de Benedicto XVI. A mis padres. A Agustín, Inma, María José y Jesús. A Gloria.







El nombre
de la Esperanza

Déjame que empiece contándote una historia, ahora que todavía estamos imaginando cómo será tu cara, tu tierna sonrisa, tu mirada inocente, tu indefensa ternura. Aún no has nacido, pero este es el primer pregón que escuchas en tu vida y tengo que empezar hablándote a ti, solo a ti, que estás hoy aquí aunque nadie te vea y sólo una persona te sienta; para que sepas por qué este barrio es tu cimiento, por qué esta capilla es tu cuna y por qué esta Virgen es tu raíz. Aún no has nacido, y ya jugamos con enhebrarte un nombre —da igual que seas niño o niña— con el que algún día figurarás escrito en la lista de esta cofradía, nazareno verde o morado, pero nazareno siempre de tu Esperanza. Aún no has nacido y ya esa mujer que será tu abuela está soñando con alzarte en sus brazos la mañana de un Viernes Santo igual que la alzaban a ella cuando era una niña para ver entre los varales del palio una cara y unos ojos que llevan esculpidos que «los muertos en el dolor se alzarán en la (esperanza)» .

Aún no has nacido y ya estás a punto de vivir tu primera Madrugada en Triana. Verás: cuando este año tu padre se ciña a la cintura el cingulo verde y oro de su túnica, se estará atando la eternidad desde que la que tú nos vienes, el presente desde el que te esperamos y el pasado desde el que los tuyos fueron fraguando esta devoción que heredarás por la Esperanza. Desde este mismo sitio desde el que te hablo, vi a tus padres unir sus almas para siempre con ese cingulo de su túnica que representa más que un adorno. Es la brida que atraviesa el arganeo del ancla de la vida que une a los muertos con los vivos y a éstos con los que aún habrán de nacer. Cuando estés con nosotros, te contaremos lo que ahora posiblemente ni

entiendas, pero este año tu padre ya te llevará contigo en su cingulo como tu madre te lleva ahora en su seno, y te enseñará a recorrer ese camino hermoso por el que Sevilla le abre cauce a la Esperanza.

La quieres desde antes de nacer porque la quieren tus padres tal y como le enseñaron a quererla los suyos, que es como en Triana se traduce el Salmo que parece escrito por un apócrifo trianero para la Esperanza: «desde que estaba en el seno de mi madre yo me apoyaba en ti y tú me sostenías». Tú serás el mayor milagro obrado en la vida de tu familia porque naces de la Pasión, la Salud y la Esperanza. Llegarás dentro de poco a poner con tu sonrisa luz en los ojos de tus padres —si ella es tu lámpara, ¿cómo se extinguirá tu luz? Crecerás y te harás fuerte en la fe para ser como uno de estos chavales que ahora me oyen hablar de ti, y que tienen el título más grande que van a encontrar en sus vidas: ser los jóvenes de la Esperanza. Amarás a Triana como dice el mandamiento: por encima de todas las cosas de Sevilla. Colgaremos en tu cuello el cordón verde, morado y oro con la medalla que los padres ponen sobre el pecho de sus recién nacidos para que el ancla sea resguardo, el cáliz sea alimento y el Avemaría sea salvación de todos los que abrazan el escudo de esta hermandad.

Quedan 293 días para que sea 18 de diciembre y vengas aquí a poner tus labios por primera vez en las manos de la Esperanza. Será entonces cuando tu padre sentirá el temblor sagrado que debió sentir san José cuando presentó ante los doctores del templo al Niño. Será entonces cuando tu madre te mire con la dulzura con la que la Virgen miraba a su hijo mientras lo dormía acunándolo en su regazo. Y será entonces cuando alguien —tu abuela, tu padre, o yo mismo— te alzará y te dirá su nombre: «Esperanza», despacio, casi susurrando, acariciándola con los labios, como se dicen a los niños las cosas más importantes que queremos enseñarles en la vida.

Las nueve letras que abarcan
una gloria en su trasunto
zarpan a la hora en punto
y en tus labios desembarcan.
Mira su cara y aparca
cualquier miedo y acechanza,
y aprenderás la enseñanza
mejor que aprenden los hombres:
esa palabra es su nombre
y se pronuncia Esperanza.

Ser de la Esperanza

Hay pregones que cuentan toda una vida de devoción y amor por una hermandad. Hay pregones que hablan de recuerdos y vivencias atados como blancas velas a los altos mástiles de unas imágenes sagradas a las que se les ha aprendido a rezar casi desde el *effetá* bautismal, el «ábrete» que los sacerdotes pronuncian cuando ungen con el santo crisma la boca y los oídos de los recién nacidos —que las bocas y los oídos de los niños en Triana se abren por primera vez para decir y oír el nombre de la Esperanza—. Hay pregones que retratan infancias de mañanas de Viernes Santo por un Altozano en sepia con el antifaz levantado, fina varita en la mano y olor a colonia fresca sobre el pelo recién peinado al levantarse. Hay pregones que narran el encuentro de familias enteras en Pureza, San Jacinto, Pagés del Corro o Santa Ana de año en año, aguardando a que llegue la cruz de guía de vuestra cofradía. Hay pregones que cuentan días, noches, vidas, emociones y memorias que se despiertan y nunca mueren unidas a una hermandad que las mantiene vivas.

Ninguno de esos pregones es el mío. He venido hasta aquí —pese a la desbordada generosidad de esta Hermandad, su Junta de Gobierno y los jóvenes de la Esperanza— sin nada de eso para ofreceros. Porque no soy de aquí. Porque a la hora en la que empieza a rebullir vuestra impaciencia antes de que den las doce en punto del Jueves Santo, estoy recluido en una celda de ruan y esparto alumbrando a mi blanca Virgen de la Merced. Porque no sé lo que debe sentirse al mirar este barrio tras los ojos de un antifaz morado, estrenando la devoción en el primer tramo de la cofradía, abriendo el cauce de las calles —Pureza, Altozano, Reyes Católicos— por las que va manando el magma caliente, vivo y arrollador del volcán de la Esperanza. Porque solo sé lo que es buscar a vuestra Virgen y encontrarla allí donde la encuentran cada año los besos de los suyos, perdido en la cola serpenteante de su besamanos.

Pero creedme si os digo lo emocionante que es para mí estar hoy aquí, desnudo del todo el alma ante Triana y su Esperanza. Porque si a Cristo lo conocemos por lo que los evangelistas, los profetas, los primeros cristianos, los teólogos y los santos nos han hablado de él, lo que os traigo son palabras que os cuentan lo que la Esperanza es para mí sin ser mía por lo que me han contado aquellos a quienes tanto quiero, que son quienes tanto la

quieren, heraldos de la más hermosa de las luces que puede alumbrar el corazón de un hombre: la Esperanza.

El poeta valenciano Rafael Duyos reñía en una de sus coplas a los sevillanos que peleaban por ser de uno u otro barrio de la ciudad. No soy de aquí, pero ¿quién puede decir, sea de donde sea, que no se ha sentido alguna vez de la Esperanza? Estos hijos suyos parecen responder con diligente exigencia a lo que su Madre les obliga: a ser acogedores con todos, a hacerles sentir uno más aunque sean recién llegados, a unir en lugar de dividir, a abrir las puertas a quienes llaman y a ofrecer una mano a quienes la piden. Todo lo dan sin pedir nada a cambio. Por eso —con profunda emoción y gratitud— dejadme que hoy os hable así sin ser de aquí, pero sintiéndome de vosotros. Dejadme que os diga: ésta también es mi Esperanza.

Y dejadme que os traiga a sus pies un pregón en el que cada palabra son los pétalos de flores que en la mañana gloriosa de las bodas de plata de su coronación le arrojé a vuestra Virgen desde el balcón de Fernando Morillo cuando regresaba a su casa por la parroquia de Santa Ana. Os traigo, jóvenes de la Esperanza, un pregón que tiene el tacto del terciopelo verde del manto de vuestra Virgen. Os traigo, jóvenes de la Esperanza, un pregón escrito en las hojas sepias en las que Font de Anta compuso la marcha soberbia que le inspiraron las saetas que le cantaban a la Virgen en la vieja cárcel del pópulo, tocándola como la toca la Banda de Santa Ana. Os traigo, jóvenes de la Esperanza, un pregón en el que suenan los buriles con los que Juan Borrero labraba el oro que su barrio le ofrendó para su corona. Os traigo, jóvenes de la Esperanza, los tornos de los ceramistas, las bridas de los navegantes y las redes de los pescadores, que son las tres semillas de las que nació lo que hoy es vuestra Hermandad. Y ya que os traiga todo esto, solo quedaría lo más importante: saber decir el nombre de vuestra Virgen con el reverencial temblor con el que oigo al mudo de Santa Ana llamarla en la mañana del Viernes Santo desde la frontera de su paso, recitando a su manera —como más hermoso verso, como más rotundo grito, como más íntima ofrenda— la *Canción última* de Miguel Hernández con la que gritaba a la vida: «Dejadme la esperanza».

Déjanos la Esperanza, Triana, que es una cruz de guía de plata que hiere y abre la oscuridad haciendo de la vida calle abierta a su luz. Déjanos la Esperanza, que es un río morado y verde de mansos soldados que van conquistando en su nombre las calles de la ciudad. Déjanos la Esperanza, que es la gloria de una noche en la que no hay tinieblas, con el fuego de los cirios alumbrando como inagotables lámparas de sagrario, a la limpia custodia primera de Cristo. Gritadlo conmigo: déjanos la Esperanza, Triana, que es saber que Dios existe y que nos está mirando desde sus ojos, abiertos como ventanas de la eternidad. Déjanos la Esperanza, que esta tierra firme que se nos aparece hecha cofradía como un milagro en medio de la nada

para que caminemos sobre ella buscando su suelo seguro de salvación y vida. Déjanos la Esperanza, Triana, que es la fe que ama y espera aunque no reciba nada. Aunque la vida maltrate, aunque la soledad pese, aunque el dolor llegue a su vértice, aunque triunfen los injustos, nunca estaremos solos si estamos con Ella. Nunca nadie nos quitará la Esperanza.

Como un náufrago que advierte
el estertor del ocaso,
en la frontera del paso
lanza su grito al verte.
Vida que vence a la muerte.
Verde bienaventuranza.
Y en la garganta, alabanza
de un salterio que se hilvana
al darte gracias, Triana,
por dejarnos la Esperanza.



Quién es la Esperanza

Si Dios lo habló todo al mundo por boca de los antiguos profetas; si todo lo dijo de una vez al tomar la carne que no tenía y la sangre que le faltaba en el seno de la Esperanza y transfigurarse en el rostro del Cristo de las Tres Caídas para ser hombre entre los hombres; si por hacernos eternos en espíritu y cuerpo entregó hasta la última gota de su savia divina en las raíces del árbol de la cruz plantada en el Gólgota; y si por que fuéramos hombres nuevos nacidos a la esperanza viva nos prometió que volverá en la gloriosa Parusía de la Pascua el día en que no seremos ni cuerpo ni sangre, ni hueso ni piel, sino alma y luz, eternidad y gloria, en la resurrección del fin de los tiempos, ¿qué hemos de temer en la vida? ¿Acaso tienen las lágrimas y el dolor la última palabra? ¿Por qué hundirnos en la negra desesperación de las tumbas cerradas si sabemos que se abrirán un día y no quedarán sin sentido los últimos besos que dimos a nuestros muertos? ¿Es acaso vana nuestra fe por creer en un Dios que se entrega hasta el extremo del dolor y el sufrimiento humanos? ¿Está acaso perdida la esperanza?

Escribió Aristóteles que la esperanza era «el sueño del hombre despierto», pero también el fin último de los males que atormentaban a los hombres,

porque les empujaba a esperar lo que no podían obtener viviendo prendidos de una ilusión que no se cumpliría. Los romanos esculpieron en mármol la Razón y la Inteligencia, intentando con ello enterrar la esperanza como una ilusión humana prescindible en el devenir de la vida.

Para los judíos, la Esperanza era «la garantía de las cosas que esperamos». Los israelitas se llaman a sí mismos desde su memoria más antigua «el pueblo de la esperanza», hasta tal punto que el himno de Israel es un largo canto de melancolía en la espera de su Mesías. Los árabes —cuyo color santo es el verde— han dicho de la esperanza que es el paso por la vida cosechando virtudes y desechando maldades. En los jardines del Paraíso, dice el Corán, serán felices los que en vida tuvieron esperanza.

Para los anglicanos ni existe la esperanza ni la caridad, ya que confían en que Dios los salvará solo por la fe, a lo que la Teología de la Liberación añade que esta esperanza es fidelidad a la historia y confianza en el futuro. Para los budistas, la esperanza es lo que hace posible afrontar el mañana porque hace el presente más fácil de soportar.

Para san Agustín, «vivir sin esperanza es una maldición». Decía que ningún hombre puede vivir sin ella y que hasta el momento de la muerte no hay nadie que no la tenga. Martin Luther King escribió que si ayudaba «a una sola persona a tener esperanza, no habría vivido en vano». Y para el teólogo Olegario González de Cardedal, la esperanza «se acredita en la vida —porque no es solo para el futuro— y se acredita frente a la muerte —porque no se agota en este mundo—».

Pero ni en Atenas, ni en Roma, ni en la Meca, ni en Jerusalén, ni en La Sorbona, ni en las cátedras en las que los grandes doctores y pensadores de la historia han intentado hablar de ella, se ha dicho tanto de la Esperanza como en Triana. Todo lo que los filósofos intentaron explicar cayó; todo lo que los teólogos trataron de definir se desvaneció; todo lo que los profetas pretendieron revelar y todo lo que los sabios creyeron entender se olvidó cuando a Triana llegó su Esperanza. Esta Virgen parece tallada con la madera de los escritorios en los que los filósofos y los teólogos, los santos y los papas, los apóstoles y los padres de la Iglesia se sentaban para escribir sobre la Esperanza. Astorga, José Ordóñez, Castillo Lastrucci y Álvarez Duarte han transcrito a lo largo de los siglos el discurso profundo que encierran esos ojos que nos miran, esa boca que nos habla, esa nariz que respira, esos oídos que nos escuchan y esas manos que nos sostienen.

La Esperanza de Triana es la respuesta rotunda de Dios ante quienes preguntan, la buscan o dudan de ella. En la puerta de esta capilla —por la sabiduría de esta Hermandad y la generosidad de Juan Silverio de la Chica— se ha abierto una ventana a la que se asoma la Virgen para rezarle a deshora. A ella sale la Esperanza más humana y más nuestra porque está hecha

de barro, como a nosotros nos hizo Dios padre cuando modeló a Adán del fango en el principio de los tiempos. Tras la ventana de su azulejo de treinta losetas de barro, aguarda para invitar a entrar en su casa a todos, a todos sin distinción: a los firmes en la fe, a los creyentes tibios, a quienes aún no saben que creen y a quienes todavía no saben en qué creer.

Asomada a su azulejo, esta Esperanza hecha de barro, ¿cuántas súplicas no habrá oído repartida por los patios de vecinos de Triana? ¿En cuántas clausuras no habrá oído los miedos de las novicias y habrá consolado sus dudas y sus recelos? ¿Cuántos temblores no habrá serenado esta Esperanza hecha de barro desde la ventana en la que, como divina enfermera, vela por los suyos en el hospital que tiene su nombre? ¿A cuántos no habrá despedido en los zaguanes de las casas al partir en la última visita de este mundo antes del encuentro definitivo junto a su rostro cierto en la gloria? ¿Cuántas oraciones no habrá escuchado esta Esperanza hecha de barro en esta calle, tanto tiempo atrás, cuando esta zapata era muelle y en las iglesias no estaban todos bien vistos y no se atrevían a entrar en su casa quienes hacían de la calle la suya?

Jóvenes de la Esperanza, no olvidad que sois como vuestra Virgen en los azulejos: hombres y mujeres de barro. No olvidad que sois herederos de los ceramistas que fundaron vuestra hermandad y que tenéis la obligación de seguir dando a todos a esta Esperanza hecha de barro que sabe mucho de lágrimas que solo ella ha visto y de avemarías que solo ella ha oído en la oscuridad de las calles desiertas. Lágrimas y avemarías que se lloraban ante ella por la noche y que se colaban por las juntas de los azulejos para filtrarse a esta capilla en la que siempre está latiendo su corazón en eterna vigilia por los suyos, dispuesta a oírlas, recibirlas y consolarlas.

En treinta losas de barro
treinta salmos amasados.
Un rosario arrebujaado
y cada cuenta un guijarro.
A la hora del desbarro
las súplicas por decenas
enhebran una novena
a la luz de los faroles
que se lanzan, hecha soles,
a navegar en tu pena.

El Cristo de las Tres Caídas

El escalofrío primero de la primera túnica que veo cada año lo sentí hace un mes en la calle San Jacinto. Todas las Semanas Santas tienen su primer nazareno y todas las cuaresmas tienen su primera túnica. Era enero, pero es lo que tienen las Semanas Santas tempranas: que traen el adelanto de las emociones a la vuelta de una esquina. Supe que era vuestra por cómo la llevaba sobre el brazo, reliada con esa gracia con la que solo un nazareno de Triana sabe llevar las galas mayores que viste de año en año, un gesto que no se enseña sino que se aprende de Madrugada en Madrugada. En su mirada, estaba la pudorosa urgencia por colgarla en el sitio que ocupan las cosas más importantes de la vida de cada casa de este barrio. Era nazareno de tramos del misterio: capa blanca, como la Sagrada Forma que los sacerdotes consagran en la misa; terciopelo morado, como la hoja de lirio que reviste el cuerpo santo de vuestro Cristo.

Sabed bien, jóvenes de la Esperanza, que la túnica es el tesoro mayor de un nazareno de Triana. Es la herencia en la que la mayor dote tiene el nombre de una devoción que lleva generaciones pronunciándose en una misma familia: Esperanza, Tres Caídas. Es la mortaja con la que tantos trianeros esperan que se cumpla la promesa de vida eterna bajo la tierra de esta ciudad en la que los muertos no son enterrados para siempre. Es la gala mayor de los humildes que en los patios de vecinos de Triana llenaban las alcancías de lata con reales y perras gordas para la mejor tela, el mejor terciopelo, el mejor cingulo y las mejores hebillas de plata; que ellos ya conocían la humildad de los remiendos y los zurcidos el resto del año y por eso sabían mejor que nadie cuidar de la dignidad en el vestir cuando salían de sus casas, aunque fuera solo una noche al año, para acompañar a la Esperanza.

Esa túnica de aquel nazareno de Triana que me adelantó el primer latido de impaciencia es la túnica misma que visitó el Cristo de las Tres Caídas en la primera madrugada de los tiempos. Recordadlo siempre, jóvenes de la Esperanza, cada vez que os resguardéis en vuestra habitación para vestiros antes de salir de vuestras casas. No penséis que por ser la misma de un año en otro vuestra túnica es una prenda más de las que se guardan en



los atillos por temporada. No sed como los fariseos, que deformaban la Ley de Moisés, quedándoos en la pequeñez de lo estético y olvidándoos del verdadero espíritu que la informa. Recordadlo siempre, jóvenes de la Esperanza. Vuestra túnica es la misma túnica de vuestro Cristo. Vuestra túnica es aquella que tejó esta hermosa Madre cuando su hijo era un adolescente como vosotros para acudir al templo junto a los doctores. Vuestra túnica —morada o verde— es la túnica ingrávida, limpia, digna con la que Cristo anduvo sobre el mar hasta alcanzar la barca de Pedro —¿o acaso cuando volvéis después de toda la Madrugada no parece que traéis los bajos empapados por el rocío del mar de Galilea?

Vuestra túnica es la túnica del Caído. Recordad cuando os vistáis con ella a la mujer de las hemorragias que sabía que solo tocando la túnica del Cristo de las Tres Caídas quedaría salvado; sabed que en la Madrugada habrá quienes os tirarán de la capa y os tocarán el antifaz: no reprendedles, sino responded con una mirada alegre y sed vosotros también bálsamo para quienes os tocan buscando sanar sus almas con la Esperanza que vais anunciando.

No perdáis nunca ese respeto sagrado por vuestra túnica, nazarenos de la Esperanza. Porque una túnica y unas sandalias fueron todo el patrimonio que tuvo en la tierra el Señor. Porque os vestís con la ropa con la que el Caído secó las lágrimas de Marta cuando murió su hermano Lázaro. Porque ni en su bautismo en el Jordán se quitó esa túnica que representaba su humildad de hombre. Porque los leprosos y los parálíticos eran sacados de sus casas cuando Cristo visitaba algún pueblo, y solo querían tocar la orla de su túnica porque sabían que serían sanados.

Por esa túnica santa que vestirán estos jóvenes de la Esperanza que me han traído ante ti, Señor, te pido que les enseñes lo que significa dar su vida mediante la vocación y la misión de ser nazarenos tuyos. Como enviaste a los apóstoles a predicar el Evangelio hasta los confines de la tierra, lanza ahora —como si fuera Madrugada y estuviera a punto de salir la cofradía— tu desafío a la juventud de la Esperanza para que cumplan la misión de darte a conocer —cada día de sus vidas— a cuantos aún no han oído hablar de ti, siendo la sal de la tierra y la luz del mundo. Enseña a estos jóvenes que vestirán tu túnica dentro de un mes justo a no desvestirse de ella el resto del año, y que cada día sientan al salir de casa que van contigo en tu cofradía llevando tu mensaje al centro de todos los problemas que afligen a la juventud. Vosotros, hijos de la Esperanza, tenéis la inagotable misión de seguir dando al mundo el don de vuestra Virgen. Los jóvenes no sois el futuro de esta hermandad ni de la Iglesia: sois su presente más cierto. El mundo actual necesita como nunca vuestro testimonio, porque muy a menudo está tan ocupado en las cosas de la tierra que olvida las del cielo.

La gracia de Dios nos ha regalado un año para la fe y la esperanza, indis-

liblemente unidas en el amor de Dios. Un año que no es una simple excusa para los oropeles de las cosas extraordinarias, sino el momento de recordar en lo cotidiano de nuestro día a día lo que el Cristo de las Tres Caídas prometió antes de partir junto al Padre: «Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo». Ese «estoy con vosotros» de Cristo debe ser la clave de toda vuestra vida, jóvenes de la Esperanza. No es una promesa indefinida ni una idea abstracta. Desde que los pies del Señor pisaron el mundo está llegando a nosotros el Reino de Dios. La Esperanza nos enseña que no sólo hay que aguardarlo, sino también acogerlo. Por el sí generoso de esta mujer anónima de Nazaret, el Cristo de las Tres Caídas está con nosotros todos los días hasta el fin del mundo en la sagrada desnudez de su humana presencia.

Buscadlo, jóvenes de la Esperanza, y lo veréis a vuestro lado. Sin centurión que se alce sobre el caballo arrogante, girando la cabeza para mirar con odio al manso Señor caído; sin mujeres llorando por ellas y por sus hijos en la trasera del paso; sin Cirineo ayudándole a llevar la cruz con la inocente piedad de los humildes; sin el buque dorado de su paso; sin friso de flores ni la voz de Francisco Ceballos; sin costaleros que le recen con sus cuerpos ni la deslumbrante trompetería de su banda de cornetas que le recen con su desgarró. Desnudo de todo, solo revestido de su divinidad herida y su sagrada mansedumbre. Siempre está con nosotros, a nuestro lado.

No os acostumbréis, jóvenes de la Esperanza, a mirar solo una imagen en vuestro Cristo. «Nada es más peligroso que habituarse a lo grande», escribió el cardenal Ratzinger antes de ser Benedicto XVI. «Es peligroso acostumbrarse a la cercanía permanente de lo santo, que deriva fácilmente en cotidiano y habitual», degradándose luego en vulgaridad y simpleza. Id más allá en cada mirada a vuestro Cristo. No permitid el error de que el trato familiar con las imágenes sagradas acabe reduciéndolas a estatuas que se visten como maniqués o ídolos paganos que son sacados a la calle para justificar lo que es mero aditamento, convirtiendo las hermandades y la Semana Santa en algo cada vez más vacío y hueco de verdadera fe. Aprended cada día a dirigir una mirada nueva al Cristo de las Tres Caídas y jamás os cansaréis de navegar en la inmensidad del mar de la fe y la esperanza. Respetad su imagen, poniéndola por encima de todo, pero buscad también su rostro en la perfecta circunferencia blanca de la Eucaristía. Oídle hablar en lo oculto, que es donde a este manso Señor caído le gusta hablar a los suyos.

El Cristo de las Tres Caídas representa aquello por lo que Albert Camus decía que le sería imposible tener esperanza: «la increíble creencia en el sufrimiento de los inocentes». Quince días hace que vinimos a besar tus manos, Señor. No venimos a buscarte —otro Miércoles de Ceniza, otra tarde de cuaresma, otra mañana vacía de verano— por superstición ni simple costumbre: aquí no hay ninguna magia que nos haga pensar que solo

por rezarte van a tener fin todos los males del mundo. No venimos a tentarte, como el judío Acáz, pidiéndote signos que nos evidencien tu existencia ni señales que nos demuestren la certeza de tu amor por el hombre. No venimos, Señor, como Ana, la madre de Samuel, al borde de la locura, a pedirte que cesen tus silencios y que nos hables cuando parece que no nos escuchas. No venimos, Señor, con la arrogancia con la que Gestas te rehúye desde el misterio de Montserrat al sentirte pasar tan cerca por la Magdalena, en la Madrugada, negando tu poder de Dios. No venimos a buscarte para que nos tiendas la mano como la tiendes a las Santas Mujeres en la Anunciación. No venimos a verte, Señor, para dormirnos a tu lado como si estuviéramos en la Plaza de los Carros, sino a aguardar contigo la vigilia del sudor de sangre.

Venimos, Señor, con el gesto de confianza con el que te abandonas a los brazos de la Virgen del Carmen en la capillita del puente, en la que el lienzo es como un espejo que refleja esa ternura de niño que no han perdido tus ojos. Venimos, Señor, como Azarías, sin nada más que ofrecerte que «un corazón roto y un espíritu quebrantado». Venimos arrepentidos como Pedro, llorada toda nuestra fragilidad de hombres hasta el extremo de nuestras lágrimas, para pedir tu perdón aunque te hayamos negado. Venimos, Señor, silenciosos, acompañados por nadie, enmudecidos nuestros labios como los de la Pura y Limpia al verte en su capillita del Postigo en el amanecer del Viernes Santo. Venimos a besar tus manos, Señor, como Job, bendiciendo a Dios aunque parezca injusto con nosotros. Venimos, Señor, como el Cirineo de tu paso: dispuestos a cargar con la cruz que vence tu recia espalda y hace tan agónica tu caída. Que hasta cuando estás sin ella, con las manos cruzadas como si fueran las puertas cerradas del sagrario de tu pecho, es cuando más te pareces a nosotros, que acudimos a verte agobiados y abatidos por las cruces ocultas que solo tú conoces.

Ese día, y no en la Madrugada, es cuando de verdad nos rendimos ante ti, Señor. Es en tu besamanos, al verte cara a cara con nuestra indefensión de hombres reflejada en tu hermoso y santo desamparo, cuando comprendemos realmente que no hay otro amor como el tuyo. Se oyen al entrar en esta capilla las palabras de Judit cuando te vemos en el presbiterio: «Tú eres el Dios de los humildes, el socorredor de los pequeños, el protector de los débiles, el salvador de los desesperados». «Rechazado, no se retira; ultrajado, no se irrita; despedido, se sienta a la puerta (a esperarnos). [...] ¿Qué amor podría igualarse con ese?» ¿Qué amor puede igualarse con el del Hijo de la Esperanza? ¿Qué amor puede igualarse con el de este Hombre de la mirada tierna que nos dice que no hemos venido a este mundo para el tiempo que se agota sino para la eternidad que nos promete?

Derrotados ante tanto amor, vencidos por su abandono, respondemos con silencio a su abandono. Y nos quedamos mirando la mano que hemos besado; y enredando los ojos entre los dedos alargados que, aún clavados en

la tierra, parecen querer indicarnos —señalándonos a nosotros— que hemos de ser roca para tu mano. Así te siguen los tuyos, como si no esperasen nada.

Clavel abierto en sangre.
Morado lirio de Judá.
Cardo que quema al pasar
envuelto en miel y lumbre.
Pica que abre el alma
del errante peregrino.
Cuerpo de pan y vino
gula de amor por el hombre.
Tierra viva que esconde
caminos de amaneceres.
Noche que al alba muere,
entregados los cuchillos
y las espadas cobardes
de la agónica tristeza,
seca como la maleza
de la roca del camino
por donde vas peregrino
en tu paso de galera
tallando lirios al aire
y cardos en la madera.

Y así te siguen los tuyos:
como si nada esperasen.
Aunque los dolores pasen,
siendo roca de tu mano.
Podrá la cruz agobiarte
desdevanando su siena,
y el arado de tu pena
abriendo surco de muerte.
Podrán secarte las sienes
ríos de hiel reseca
y quedarse la luz hueca
cegándote en tu fijeza.
Mas aunque el aire se afile
y se sequen las albercas
y aunque divises de cerca
la tierra que te reclama
quienes no esperan nada,
como el salmo que se emboca,
ellos serán la roca
°de tu mano atormentada.

Esperanza, daños tu mano

Ni este pregonero, ni Ignacio, ni Francis, ni Marco Antonio, ni Antonio, ni Manuel Jesús... por citar sólo a los cinco últimos de los casi 20 años de pregón de esta Hermandad; en ninguno de nosotros, jóvenes de la Esperanza, habréis encontrado mejor pregonero que él. Oyó de los labios de la Esperanza la única orden que dio en su vida: «haced lo que Él os diga», con la serena conformidad de saber que Dios da las cruces con la misma mano con la que las bendice para recordarnos que su carga es prueba y su superación, acercamiento a su bondad y misericordia. En algún lugar del Vaticano vería alguna vez una fotografía de la Virgen que su predecesor quiso coronar antes que en Sevilla con el oro del Anillo del Pescador lacrando la bula con la que la Iglesia reconoció lo que ya hacía siglos que en Triana se sabía.

Hablo ahora, en la crucial frontera de un pontificado que acaba. Y cuando acabe, habrá empezado también una nueva etapa para la Iglesia. Estaba obligado a cambiar el guion de este pregón hablando del mejor pregonero que jamás oyeron los jóvenes de la Esperanza cuando en Madrid, hace poco más de un año y medio, ese hombre anciano les dijo «No os avergoncéis del Señor». Debería callarme ahora y dejar esta frase como un «he dicho» rotundo y claro. No os avergoncéis del Señor, jóvenes de la Esperanza. Os lo dijo ese hombre bueno y silencioso que en un insólito gesto de humildad en el mundo de la soberbia reconoce no tener fuerzas para seguir al frente de la Iglesia.

No os avergoncéis del Señor. Aunque por causa de vuestra fe en Cristo sufráis en vosotros mismos la discriminación, la persecución abierta o el desprecio de quienes no os respetan. No os avergoncéis del Señor. Recordad siempre esta enseñanza de Benedicto XVI. Permaneced siempre firmes en la fe y asumid la bella aventura de anunciarla y testimoniarla abiertamente con vuestra propia vida. Y no os avergoncéis de ser cristianos y de amar al Papa y a la Iglesia. Leeréis y escucharéis cosas críticas y hasta repulsivas contra él, pero tened el firme convencimiento de que merece la pena perseverar en vuestro amor al Vicario de Cristo en la tierra.

Quiere la casualidad que esta noche de frontera baje la Esperanza de su altar hasta las andas que mañana la llevarán hasta Santa Ana para su sep-

tenario. Os propongo a vosotros, jóvenes de la Esperanza, que la sarta de Avemarías que le abrirán el camino estrecho hasta la casa de su madre la ofrezcáis por el Papa que se va y por el que ha de venir.

Porque esta Esperanza vuestra lleva mucho de Roma en su imagen. Veréis. Hace más de cinco siglos, en 1512, el papa Julio II bendijo en Roma las pinturas con las que Miguel Ángel culminó la Capilla Sixtina. Ese mismo año, a dos mil trescientos kilómetros de allí ya hacía más de un siglo que había nacido vuestra hermandad. 1418 es la primera fecha que data en la cronología de la Esperanza con la primera referencia escrita a la antigua hermandad de luz que veneraba la gloriosa advocación de vuestra Virgen. En 1418, aún faltaban cincuenta y siete años para que naciera Miguel Ángel, y aún quedaban 90 para que Julio II encargara a Il Divino di Capresse una de las obras cumbre de la historia del Arte, pero en Triana ya estaba la Esperanza.

¿Qué tiene que ver —preguntaréis— Triana con Roma y la Esperanza con Miguel Ángel? Que en cinco siglos, nada con lo que el paso del tiempo ha erosionado otras obras del hombre, ha conseguido desgastar estos dos monumentos de fe, belleza y devoción que son la Capilla Sixtina y la Hermandad de la Esperanza de Triana. ¿Y qué une —me diréis— a una y otra? Entre una y otra, entre Roma y Triana, dos manos tendidas. En el Vaticano, Dios Padre estira su brazo y ofrece su mano en los frescos de Miguel Ángel intentando alcanzar el dedo de Adán en la creación del hombre. En Triana, la mano de la Esperanza se tiende al mundo para que renazcan los hombres que a ella se agarran. Cinco siglos tendiéndose estas dos manos que hacen resucitar, que curan, que sanan, que consuelan, que acarician, que enjugan las lágrimas, que entibian, que alivian. Cinco siglos y dos manos en las que cabe toda la esplendorosa historia de esta hermandad que ha resistido no al paso del tiempo, que eso lo puede resistir por su belleza cualquier obra de arte, sino al paso por la vida de los hombres, que eso solo lo aguanta una obra divina.

Tus manos, Esperanza, son los versos de Adriano del Valle: «dos magnolias abiertas,/ brotadas de tu alma,/ dos surtidores blancos,/ con diez estrellas blancas». Esa mano con la que seca todas las lágrimas de todos los hombres del mundo es la de Dios padre tendiéndose en la capilla sixtina para tocar a Adán. Nos busca en su altar, en su paso, en su besamanos como si fuera un fresco de Miguel Ángel. La Virgen quisiera caminar hacia nosotros cuando nos ve desvalidos o tristes para tocarnos con su dedo índice y decirnos que confiemos en ella y en su Hijo.

Esa mano de la Esperanza es la mano de ese sacerdote amigo mío que celebró a sus pies su primera misa, cuando alzó la patena con Jesucristo consagrado, y es la mano de todos los sacerdotes del mundo cuando la acercan con temblor sagrado para girar las llaves que abren las puertas de los sa-

grarios en los que está Dios vivo. Esa mano de la Esperanza que se ha gastado por entregarse a vuestros besos cada 18 de diciembre es la de los hermanos que en la acción social de esta Hermandad se tienden generosas para gastarse ayudando a los pobres y a los marginados. Es la mano de los voluntarios del Banco de Alimentos cuando entregan bolsas a quienes ni para comer tienen; es la mano de las Hijas de la Caridad que en el comedor de Pagés del Corro sirven más que para acercar un plato de comida; es la mano de los jóvenes cofrades de Sevilla que en el Polígono Sur tiran balones para que jueguen los niños detrás de su infancia; es la mano de los voluntarios de Cruz Roja que entregan mantas a los inmigrantes.

Esa mano delicadamente abierta —princesa que va a agarrar su cetro— es la mano de la doncella humilde que en Nazaret se llevó sus dedos al pecho aturdida por el ángel. Besar tus manos, Esperanza, es besar las manos de Dios porque de ti tomó la carne que no tenía para ser Hombre entre los hombres. Dale tu mano al mundo para que atravesase asido a tus dedos el umbral de la vida y la luz y obra con tus ojos el milagro de una nueva creación. Por eso hay tanto de Roma en Triana y tanto de Esperanza en la Capilla Sixtina.

Una mano bendecida
en los frescos de Triana
con pátinas vaticanas
pinta la luz rediviva.
Esta es la mano tendida
del resplandor meridiano.
El celestial altozano
en el que guarda la vida
y las almas redimidas
en la gloria de su mano.





Vestida de primavera

Dentro de un mes, Esperanza, tu paso serán tus pies caminando por el mundo. Es la triple perfección —templo, casa y trono— empavesado de barrio. Es una obra de arte que aunque haya nacido de manos de hombre parece traspasar cada Madrugada la eternidad en la que fue bordado, cincelado y adornado para entrar, mecido por tus costaleros, en el tiempo presente.

Tiene tu paso mucho de templo. Tus respiraderos parecen hechos con la rejilla de todos los confesionarios del mundo, para que solo con tocarlos con las manos queden perdonados los pecados que por cobardía y debilidad solo nos atrevemos a confesar ante tu dulzura de Madre. Las caídas de tu palio son lenguas de malla y oro encendidas por el fuego de las macollas de tus varales cantándote cuando sales las alegres letanías de la Esperanza: Estrella de Jacob, maná de los cristianos, cántaro de harina celestial que no se agota, lirio de los valles, mesa de oro para el pan de vida, nardo precioso, paraíso de delicias, tierra regada con el rocío del cielo, trono de marfil del verdadero Salomón. Y tu peana es el ambón donde Villarreal debería haber cincelado las palabras del profeta Isaías que dices cada Madrugada para que Juan Manuel López levante el paso y te guíe hasta la calle: «El Señor me envía para vendar los corazones desgarrados».

También tiene tu paso mucho de casa, Esperanza. Es una luminosa ventana abierta al arrollador resplandor de la candelería que arde como ardían los fogones de tu casa de Nazaret. Macetas arracimadas en las esquinas y todo el oro del sol asomado a la forja del balcón de tu corona. Por eso te cambia la cara cuando tu paso para en medio de la multitud y te rodea un estremecedor silencio de anunciación, a la misma hora a la que a mi Esperanza la rodea en la Encarnación un silencio de asunción. Entonces se te pone rostro de muchacha inocente, mirada perdida de novicia, y pareces cerrar los labios guardando silenciosos el secreto de tu pureza.

Y tiene tu paso mucho de trono, Esperanza. Cuando cruzas la catedral, en medio del silencio de las sombras —casi a la misma hora a la que a mi Esperanza le atraviesa el silencio del sol en la Encarnación— tus varales se convierten en las doce tribus de Israel sosteniendo el Arca de la Nueva Alianza. En tu cara parecen desvelarse a la vez el gozo misterioso de la

Encarnación y la luminosa gloria de Pentecostés, que por algo de este barrio tuyo también le nació a Sevilla la devoción marismeña. Se crece tu palio en la mole gótica y tus nazarenos, viéndote huérfana de músicas y clamores, se arremolinan ante ti convirtiéndose en Jacob cuando agarró al ángel de Dios y le dijo: «no te suelto si no me bendices». Y salen de vuelta a este barrio alegres y llenos porque han sido bendecidos por ti.

Trono, casa, templo... Dentro de un mes, Esperanza, tu paso ya serán tus pies caminando por el mundo. Dentro de un mes, Esperanza, pondrás rostro a los versos de Luis Cernuda: «columna ardiente, luna de primavera,/ mar dorado, ojos grandes», y así saldrás a Sevilla «como una rosa blanca,/ como un blanco deseo,/ como una blanca llama». Dentro de un mes la luz habrá mordido del todo las tardes de marzo, y nos vendrás ya hermosa, rotunda, perfecta, arrolladora, vestida de primavera por Triana, como Fernando Morillo, José Persio, Juan Manuel Jiménez o Javier Hernández te han vestido de encajes; como Manolo Garrido, José María Rubio o Juanma Labrador te han vestido de versos; como Font de Anta, Farfán, José Albero, Miguel Vázquez Garfia o José de la Vega te han vestido de música; como Emilio García Armenta, Juan Borrero, Villarreal o Jesús Domínguez te han vestido con plata cincelada; como Esperanza Elena Caro, las hermanas de Santa Isabel, Fernández y Enríquez o José Manuel Elena te han vestido de bordados y sedas.

Así te viste la primavera, Esperanza. Valiéndose de quienes te han ofrendado sus manos para adornarte con música, bordados, plata, versos o encajes. Y con ellos, todos lo que han obrado el prodigio de la única cofradía sin cruces de Sevilla. Más de seis siglos de Esperanza. De Gaspar Gómez, que te bordó en 1626 el primer manto de tafetán que se recuerda, a los sobrinos de José Caro que te bordaron en 1947 el poderoso manto de los dragones que dibujó José Recio. De Jorge Ferrer, que te labró en 1757 los primeros varales de plata que tuviste, a Orfebrería Triana que te cinceló las columnas del Partenón de tu belleza. De Alonso de Exea, el arzobispo que debió aprobar las primeras reglas de tu hermandad, a José Sebastián y Bandarán, tan fiel servidor tuyo que quiso aguardar la resurrección frente a tu cara. De Bartolomé Ramírez, primer hermano mayor del que se tiene constancia, a Alfonso de Julios, Adolfo Vela, Ramón León o José Manuel Campos, por citar a los cuatro últimos hermanos mayores; y con ellos, a Vicente Acosta y Antonio Ordóñez, que hicieron realidad el sueño de verte coronada, o José Luis Campuzano, que volvió a darte casa en tu calle Pureza. De Juan Valderas, mayordomo que en el siglo XVII pagó 150 maravedíes por tela para tu ajuar, a Anita Ruesga y Reyes Franco de la Rosa tus fieles hijas que han cuidado de la intimidad de tu vestimenta.

Que cada uno de vosotros complete ahora esta lista de nombres que dejo abierta desde el más famoso al más humilde. De quien te puso un cielo de malla y quien siembra las flores que mueren en tu paso. De quien limpia

tus varales, de quienes montan tu palio, de quienes lo llevan y lo comandan, de quienes tocan tras tu manto. Y que ponga también el suyo propio, que vosotros, hermanos o devotos anónimos, sois los primeros a los ojos de la Esperanza. La alquimia de la devoción ha transformado las oraciones vuestras en enseres desde 1418 hasta hoy. Seis siglos sumando pieza a pieza el prodigio del paso de la Esperanza.

Del arrebol de tu cara
—una dulce colmenera—
sacan la miel los pinceles
para el oro de tu cera.
Y para pintar tu palio
del frontal a la trasera,
la plata de los altares
y el verde de las mareas
y la pureza en las flores
que adornan las violeteras
que riegan mil surtidores
con los ríos de tu pena.

Triana con su Esperanza,
escriben en los balcones
como si fueran amarras
para amarrarse a tu nombre.
Mas aunque no hubiera paso
y no hubiera Madrugada
y aunque el puente no existiera
y ni existiera Triana,
Tú vendrás a nuestro encuentro
como viene la mañana:
regada por el rocío,
vestida de luna clara,
el alba sobre tu pecho,
y la aurora en la bocana
de la callejita estrecha
que te lleva hasta Santa Ana.

Con jazmines en el pelo.
Con tu mirada tan clara.
Tan limpia y tan transparente
como una gardenia blanca.
Y el torrencial de tu manto
con olas de terciopelo,
porque ningún mar en calma
hizo fuerte a un marinero.
Abiertas como un rosal,

las dos rosas de tu labios,
con el carmín de su estambre
por el sol embermejado.
Y la brújula en el rumbo
del puerto de tu cintura
donde el Grumete del mundo
comenzó su singladura.

Pisan los pies de su paso
la frialdad del relente
y en lo alto la Esperanza
pisando morada muerte.
Pisa el paso de la Virgen
la lumbré de los candiles
y sus lágrimas derraman
los salmos de los maitines.
Pisan los zancos la tierra
y en su barrio la Guardesa
hace de la madrugada
un rescoldo de pavesa.

Mañana de Viernes Santo.
Las espadañas revuelan
mientras viene la Esperanza
vestida de primavera.



Epílogo

Apostado sobre el arco
que amuralla mi tesoro,
entre dos rosas desfloro
pétalos para tu barco.
En esta décima enmarco
lo que no supe escribirte.
Que la métrica al medirte
me iba dejando dispersos,
desparramados, los versos
que encontré para decirte:

Que solo la lumbre tuya
inunde de luz mi vida.
Que son tus ojos la brida
que a tus pupilas me arrulla.
Antes de que el mar engulla
la larga y alta mesana,
te encontraré una mañana
arrumbando el corazón
y entregaré mi timón
a tus pies de Capitana.

He dicho.

Notas al pregón

1 Henoc 92.

Heb 11,1.

González de Cardedal, Olegario. Raíz de la esperanza. Ed. Sígueme. Salamanca, 1996.

Mateo 28, 20.

Isaías 7, 10-12.

Daniel 3, 38-39.

Nicolás Cabasilas. La vida en Cristo.

Todas estas letanías están tomadas de versículos del antiguo testamento.

Se terminó esta edición
para impresión el 17 de
marzo de 2013. Do-
mingo de Pasión.